UN RECUERDO

LA veía destacar sobre el azul limpio e intenso. Era una nube muy blanca, la única que manchaba el cielo de la tarde. La veía, allá arriba, cambiar levemente de forma al azote del viento.

Estábamos echados en el suelo, sobre la tierra áspera y seca. Alrededor crecía el tomillo en pequeñas matas. Su olor intenso, puro, llenaba el espacio; nos adormecía. Yo había perdido la noción del tiempo. No sabía qué hora era, ni qué día, ni siquiera en qué mes estábamos. ¿Sería el otoño? ¿Octubre o noviembre? Sí, debía ser el otoño, porque abajo, en la ciudad, había visto a los árboles quedarse desnudos.

Marisa estaba a mi lado; como yo, tendida cara al cielo. A veces volvía hacia mí la cabeza, su cabeza tibia y morena. Me miraba un rato, (quizá en el silencio se preguntara algo), y luego tornaba la vista al alto. Pero yo apenas lo advertía. Yo sólo veía el cielo azul y la mancha clara de la nube. Era bastante. Allí se encontraba todo, todo lo que en aquel momento podía desear. Azul y blanco. Y al fondo, sobre la línea lejana de montañas, los reflejos dorados del sol poniente.

Así era ella.

La nube se estremeció; quebróse un poco y pareció tomar la forma de un pájaro, de un pájaro inmenso y vivo. No sé si sonreí, es posible. Hacía años, muchos años, habíamos cazado pájaros. En un bosque de chopos escondíamos los cepos. Lo recordaba muy bien. Después íbamos a recoger la presa. Ella y yo. Reíamos. ¡Pobres pájaros!, morían siempre al poco tiempo. Eramos entonces dos chiquillos. Luego crecimos. Ella y yo.

—¿En qué piensas?

Un pequeño sobresalto. Oía la respiración, rítmica, tranquila, muy cerca de mí. No podía contestar. Tampoco hubiera sabido. Marisa callaba ahora. Aunque no la veía, presentía que cerraba los ojos. Yo también debía cerrarlos. Pero no: sobre mi cara estaba el cielo azul y el reflejo dorado del sol. Y clavada en mis ojos, como un blando diente, la nube.

La tarde transcurría. No sé por qué, comencé a pensar que aquella tarde, más que ninguna otra, se escapaba, veloz, bajo mi cuerpo. Acaso porque era, hacía mucho tiempo, la primera vez que amaba, que me sentía feliz. Hubiera querido que no terminara nunca. Sin embargo, sabía que no podía ser. Además, comprendía que, en el fondo, toda felicidad era eso, el deseo, sólo el deseo. Un paso más y nada quedaría. Unicamente el deseo.

La mancha blanca me miraba. De nuevo se había transformado. Era un óvalo y tenía en el centro dos círculos oscuros, dos agujeros. Parecían unos ojos negros abiertos en la piel pálida. No, negros no, azules, de un azul intenso, penetrante. Como si aquellos ojos claros, color de mar, hubiesen oscurecido mirándome. O mirándolos yo.

De repente dejé de ver. Sobre mis ojos se había posado la mano de Marisa. La palma era cálida, suave todavía; quizá no tan suave como antes, cuando no vivía conmigo, cuando no trabajaba. Había estirado el brazo izquierdo y, salvando la escasa distancia que nos separaba, me cubría los ojos con la mano abierta.

—A veces creo que vives en otro mundo, que siempre estás ausente.

La voz de Marisa era fina, aguda. Lo mismo que su instinto. Sí, Marisa presentía siempre las fugas de mi alma. Como aquella tarde de colores brillantes. Durante unos segundos me estuvo acariciando los ojos y la frente. Luego retiró la mano.

Entonces la vi. Apareció allí, en el centro de la nube. Los ojos azules, muy claros; la piel blanca; el pelo rubio, dorado. Sí, era ella. Vestía igual que aquella tarde, la última, de hacía muchos años: una blusa color crema y una falda negra. Me sonrió. Me sonrió largo rato. Después, comenzó a descender, lentamente. Yo la veía acercarse, acercarse cada vez más. Creo que sentí un vago temor. Y cerré los ojos. Pero su figura se me hizo más clara. Seguía bajando, sonriendo dulcemente. La sonrisa. El gesto tranquilo, la mirada limpia, la misma mirada que, hacía tiempo, había yo visto por última vez. Largos años se desvanecían de pronto en mi memoria.

—Pero, hombre, ¿te vas a dormir?

La voz de Marisa sonó remota, con un eco profundo, como si saliera de dentro de la tierra.

Ya la melena rubia me rozaba la frente. Los dedos finos se hundían en mi pelo. Yo respiraba aceleradamente. ¡Estaba tan bella! Como entonces, como en aquella época. ¡Ay, una época desaparecida para siempre! Una época en la que pretendía hallar el remedio de la ilusión perdida.

Sentí sus labios sobre los míos. Suavemente primero; después, con fuerza, con una fuerza desesperada. Contuve el aliento. ¡Hacía tantos años que no me besaba! Sí, ahora, de nuevo me estaba besando. Allí, sobre la tierra árida, inclinada su frágil silueta, pegada a mi cabeza su cabeza ligera. Y en torno mío todo se encendía.

Así pasó el tiempo, creo que un tiempo muy largo. Luego, de pronto, se me borró la imagen. Abrí más los labios. Y sentí, húmedos, los labios y los dientes de Marisa. Me estremecí. Era una sensación extraña la que

me producía el contacto de aquellos labios que, sin embargo, yo había besado tantas veces. Pero en aquel momento experimenté algo raro, como un sudor frío, como un principio de asfixia. Haciendo un esfuerzo, aparté de la mía la cara de Marisa.

Después, abrí los ojos. Empezaba a oscurecer. El puro azul del cielo se iba convirtiendo en gris plomizo. La nube se había roto. Sólo pudo ver unos penachos difusos, a punto de borrarse en la pizarra clara del cielo.

También se había roto mi recuerdo. Como se había roto mi ilusión años atrás. Entonces me encontré de nuevo pegado a la tierra. Sentía en la espalda su materia dura. Y su creciente frialdad comenzaba a pasar a mi cuerpo.

Todavía permanecí un rato inmóvil. Hasta que un dolor agudo se fué extendiendo por mis brazos y mis piernas. Sí, la tierra estaba ya fría. Tendría que darme unas fricciones de alcohol.

Miré a Marisa. Ella tenía la cabeza vuelta hacia mí. Me incorporé y me acerqué más. Iba a decirle lo que había pensado, que bajáramos y me diera una fricción de alcohol. Pero me detuve. Marisa tenía los ojos más brillantes que nunca. Parecían mayores, así como estaban, húmedos y brillantes. Tan húmedos que acaso le enturbiara la mirada y no pudiera verme.

No sé si fué que me olvidé del dolor o fué que al pasarle la mano por la frente el calor de su cuerpo se transmitió al mío. De pronto me sentía bien. Y pensé que la verdad de mi pobre vida estaba allí y no en los vagos fantasmas del recuerdo.